

ARCHIVUM

TOMO II

ENERO-ABRIL 1952

N.º 1

«CLARIN» Y DON LEOPOLDO ALAS

(Prólogo de una edición argentina de "Doña Berta, Cuervo y Superchería")

Leopoldo Alas, "Clarín", poseía y presentaba, según el medio de acción, doble personalidad: la del catedrático y la del escritor. La primera apenas se conocía; salvo para sus colegas de claustro y para sus alumnos. Leopoldo Alas era el profesor universitario; "Clarín", el escritor. No se puede entender del todo la personalidad del escritor si se desconoce la personalidad fundamental del catedrático, pues ante todo "Clarín" era Leopoldo Alas; es decir, un maestro. La literatura no puede por menos de ser lo que los clásicos llamaron carátula, máscara o persona; una fisonomía exterior, sintética y expresiva para la muchedumbre heterogénea y desconocida; fisonomía pública cuya finalidad consiste en amplificar por resonancia la voz del hombre interior que la habita y que de ella se sirve para hacerse conocer y escuchar, en la medida de lo posible, a sabiendas de que lo así ganado en extensión exige el sacrificio de guardar para sí algunas de las verdades más caras y de los sentimientos más preciosos, ya por pudor, ya por temor a que no sean compartidos, o quizás puedan ser profanados. De aquí que en la vida social muchos escritores adopten y compongan cierta carátula, máscara o persona, con su correspondiente vestuario, la una y el otro muy personales, originales y tales como ellos creen que cuadra mejor con el papel que han elegido representar. Esta

superposición de una personalidad escénica que entra por los ojos es, si bien se mira, una trinchera, tanto ofensiva, desde donde afirmarse hacia fuera, frente a los demás, como defensiva, con que resguardar y encubrir las castas virtudes o ya bien los flacos vergonzantes del hombre íntimo y tal como Dios le ha hecho.

Ello es que el hombre no puede darse por entero y sin reserva en la obra literaria. Sería esencialmente inhumano; e insufrible además, pues para mal o para bien la humana naturaleza ha querido que un hombre no entienda de otro hombre sino aquello que entre sí tienen de común. Por eso a los hombres, en general e indistintamente, se les llama con subconsciente candidez prójimos (próximos) y semejantes. En cuanto no están próximos o dejan de ser semejantes, unos hombres carecen de humanidad para otros hombres; son entes raros.

Pues bien, detrás de la personalidad literaria, que es lo más extenso y genérico, sigue viviendo por su lado la personalidad del hombre individual, que es lo más restringido, intenso e inalienable. En la personalidad literaria no puede caber toda la personalidad individual; sí, sólo, algunas fugitivas vislumbres y alusiones a ella. Por tanto, el conocimiento de la personalidad individual de un hombre nos ayuda a enriquecer el conocimiento de una personalidad literaria. Si conocer es amar, el conocimiento más próximo e inmediato que se nos ofrece en la vida es el de nuestros padres; viene luego el de nuestros amigos de infancia y mocedad. Se ha convenido, con razón, que el maestro, un buen maestro, es un segundo padre y el mejor de los amigos. Yo fui discípulo de "Clarín", en la Universidad de Oviedo, y amigo suyo después, dentro de los límites que imponía la diferencia de años y el respeto del discípulo para el que poco antes había sido su maestro.

Leopoldo Alas explicaba la cátedra de Derecho Natural y Filosofía del Derecho. Recién doctorado en Madrid, había ganado por oposición la cátedra de Derecho Romano en la Universi-

dad de Zaragoza, pero la permutó en seguida por la otra, en Oviedo.

Cuando yo era estudiante, todos los profesores de la Universidad y del Instituto de Segunda Enseñanza, la una y el otro instalados en el mismo edificio, fundado a expensas del arzobispo don Fernando Valdés, gran inquisidor de España, eran, con rara excepción, asturianos, y los más ovetenses. Oviedo tenía, por entonces, alrededor de veinte mil habitantes. Calcúlese, pues, la importancia que en tan sucinta población alcanzaba la Universidad. Era Oviedo, propia y típicamente, una ciudad universitaria. Y la Universidad, un núcleo familiar, un hogar del espíritu. En Oviedo nos conocíamos todos. Profesores y alumnos convivíamos no sólo en aulas y claustros sino también en las calles, en las casas, en el casino, en el teatro, en las fiestas públicas y regocijos populares, como acontecía antaño en la Academia de Platón, el Liceo de Aristóteles, el Museo de Alejandría y las Madrisas musulmanas, que proporcionaron el modelo a las Universidades colegiadas de la Edad Media, de las cuales aún perdura uno que otro ejemplar en los países anglosajones.

Durante mis años estudiantiles padecieron grandes mudanzas el mundo, España y Oviedo. Fue una época crepuscular (vespertina y matutina) y finisecular, en las ideas y en las costumbres. Comenzaba a hablarse de modernismo en las artes, en las letras, e incluso en la ortodoxia católica.

Al iniciar mi carrera de Leyes, los catedráticos asistían a la Universidad con levita cruzada y sombrero de copa alta, amén de chanclos de goma y paraguas, pues Oviedo es una de las ciudades donde más constantemente llueve en todo el universo. Los chanclos Boston eran una novedad, de origen ultramarino, recibida desde luego con solícito y unánime acogimiento; símbolo, por otra parte, de los grandes adelantos conseguidos por la civilización del siglo XIX, que en general se preocupaba más de proteger los pies por fuera que de fomentar la cabeza por dentro. Antes, y desde siglos, en Asturias se usaban las almadre-

ñas, especie de zueco o coturno en madera de haya, con tres pies por la base, para no hundirse en el lodo, de manera que quien se las ponía ganaba unos cinco centímetros de alzada. Dentro de las almadreñas, de hechura de nave fenicia, con relevada y puntiaguda prora, se inmiscuía el pie, calzado con botinas o zapatos elegantes de visita. Para mayor comodidad y molicie se acostumbraba revestir el interior de las almadreñas con un lecho o forro de heno seco. Cuando los ovetenses iban de visita, de tertulia o al casino, se despojaban de las almadreñas al entrar, y las dejaban hasta la salida en el zagúan, enfiladas, como góndolas en embarcadero, o las babuchas de los musulmanes en el porche de la mezquita. Al comenzar mi carrera de Leyes, algunos profesores viejos proseguían fieles a sus almadreñas. Luego, en el aula, el profesor indefectiblemente se endosaba la toga. se superponía la muceta y se encasquetaba el ochavado birrete, para dictar clase. Esta formalidad se conserva todavía en las universidades británicas; y yo lo hallo de perlas. Concluída la lección, el profesor se manifestaba de nuevo en la vía pública vestido con las prendas suntuarias de su jerarquía social: la levita y la chistera.

Este atuendo no lo usaban además de los profesores sino los magistrados de la Audiencia, los letrados (abogados) más venerables y famosos, y el gobernador civil en las procesiones sonadas. Cinco años después, al concluir mi carrera, no quedaba en Oviedo un miserable sombrero de copa. Todos aquellos personajes usaban ya chaqueta, impermeable como blusa de hortera, y el sombrero hongo de Julián, el cajista en "La Verbena de la Paloma". No menciono este particular en cuanto pormenor anecdótico y pintoresco, antes bien esa degeneración en los símbolos indumentarios, impuesta por la corriente igualitaria de los tiempos, era el síntoma superficial de un cambio trascendental. Quería decir aquello que desaparecían las clases e iban a desaparecer las jerarquías y los valores de calidad. Se iniciaba la edad de la improvisación. De allí en adelante la única carrera sería la

carrera tendida y sin escrúpulos por el éxito pronto, sean o no lícitos los medios, en que para medrar habría que valerse de la audacia y para distinguirse no quedaba otro recurso que la extravagancia. Pero, ahora no me propongo hablar de esa edad que nos deparó el destino, sino de la época anterior y contigua.

Si a los españoles de aquella época les hubieran preguntado quién era Clarín, la mayoría hubiera respondido: un escritor agudo y mordaz, que en varios periódicos y revistas publicaba muy a menudo unos artículos breves, titulados "Paliques", en que se metía con el lucero del alba. Un número incalculablemente menor sabía también que Clarín había escrito no pocos ensayos críticos, dos novelas mayores, varias novelas cortas y bastantes cuentos, y que sus obras, en todos estos géneros, están a la par, y en algún caso por encima, de lo mejor que ha producido la literatura española, en aquella época, y en las demás. Los menos, una minoría exígua, estaban enterados de que Clarín, ante todo, era Leopoldo Alas, un hombre cuya personalidad fundamental estaba centrada en la profesión del magisterio.

Por ser Clarín tan gran maestro fué tan gran escritor. ¿Es que en la literatura universal hay un solo escritor que no haya sido de consuno un gran maestro? ¿Por qué se les sigue leyendo, si no? Por pasar el rato, o por curiosidad, o simplemente porque no se diga que no estamos al día, podemos apechugar fatigosamente con una obra que no nos enseña nada o en nada nos aumenta y modifica nuestro ser espiritual. Pero, jamás releemos esta clase de obras, que son caedizas y perentoriamente mortales, como las generaciones de las hojas. La sustancia de toda la obra literaria de Clarín está amasada con una levadura y una sal que las preserva de corrupción y decaimiento; y es que todas sus obras contienen una enseñanza permanente. No es que lleven en sí tono didáctico ni intención docente, nada de eso. Son obras de pura literatura, con todos los dones, agraciados o funestos, de la vida y de la naturaleza, y por eso mismo nos adoctrinan como la naturaleza y la vida, pero en una manera de experiencia más concentra-

da, clarividente, plena, e intuitiva, que proviene de la inteligencia multiforme y aptitud estética en el autor para percibir y transmitir la realidad en extracto ideológico y la belleza en visión directa.

Si en la obra literaria de Clarín está infuso, aunque invisible, el maestro, inversamente. en las lecciones de su cátedra el maestro se deja poseer por el genio creativo, según la inspiración del momento. Leopoldo Alas explicaba la filosofía del derecho conforme al texto de Ahrens. Con el libro a la vista (él y los alumnos), el primer día del curso empezaba a comentar el texto, leyendo un párrafo; lo que en las Universidades antiguas se llamó "lección". Al terminar el curso, no habíamos pasado de los cuatro o cinco primeros capítulos. Pero sabíamos, o podíamos haber adivinado, cuanto es de desear en filosofía del derecho... y todo lo demás.

La función educativa no es tanto de enseñanza (proveer de un cúmulo inorgánico de datos, noticias o conocimientos) cuanto de formación y desarrollo del espíritu; y esto, ya desde Sócrates, que por eso mismo se definió a sí mismo como comadrón de almas. El verbo latino "educo" quiere decir hacer salir de dentro, hacer nacer, como en una sementera. Pero, para hacer nacer, y después hacer crecer este nuevo ser naciente, hay que ir nutriéndolo con adecuado nutrimento. Alumno ("alumnus") quiere decir literalmente la criatura que se halla aún en el período de la primera nutrición, la cual recibe, por modo inmediato, amamantándose de la nodriza (o nutricia). Alumno viene del verbo "aloi, altum", que significa "nutrir"; y de ese verbo viene también el adjetivo "almus, alma, almun", para todo aquello que nutre y alimenta. Así "alma mater", designación frecuente de la Universidad, no quiere decir "alma, o espíritu maternal", como algunos se figuran, sino "madre nutricia", al pie de la letra. En cuanto a maestro ("magister"), bien se echa de ver que viene de "magis", el que es más y mayor, y por tanto el que está en condición de dar y transmitir al que es menor y tiene menos. Y esta denominación de mayores se emplea en el uso común tanto para nuestros

padres como para nuestros maestros, pues un verdadero maestro es otro padre, sin cuya germinación complementaria la otra paternidad, la meramente física, resultaría abortada o deficiente.

Aun estoy viendo a D. Leopoldo, detrás de la ancha mesa profesoral, aforrada en velludo granate; encima, una gran escribanía de plata, tintero, campanilla, salvadera, y portaplumas, relleno de bolitas de cristal verde y con sus tres plumas de ganso, teñidas de tintes radiantes, gualda, veronés y púrpura. D. Leopoldo era muy pequeñito y delgado, casi óseo, y todo nervios; una especie de avecilla, sin apenas peso de materia. El cráneo un tanto voluminoso (braquicéfalo), en relación con la parvedad del cuerpo. El pelo de cabeza y barbas, maiceño. Y me lanzo a producir y estampar este neologismo porque, si se dice color trigueño por semejanza del trigo, con no menor legitimidad se podrá decir maiceño del tono que distingue al grano del maíz, el cual de maduro es más amarillo que el trigo, y tirando a rojo. Esta tonalidad de pelambre abunda en la raza celta. En Asturias y Galicia se han preservado numerosos ejemplares, evidentemente típicos, de esta raza soñadora e irónica; dos tendencias hostiles entre sí, que engendran en su irreductible cuerpo a cuerpo, como de Jacob con el ángel, una inestabilidad psíquica, fascinadora y llena de sorpresas.

Leopoldo Alas, era sin duda un vástago de esa raza, intelectualmente aristocrática. De aquí su admiración por Renan, otro celta. Acerca de él escribió "Clarín" un hermoso ensayo, "Mi Renan". Desdichadamente, el Renan reelaborado con todo amor por "Clarín", no era el Renan de carne y hueso; ni tampoco se correspondía con el otro Renan, el intelectual sibilino y taimado, que se hospedaba dentro de aquella carne tan voluminosa, crasa y floja; tan carnal. Le inspiró aquel ensayo —todo trémulo de emoción religiosa y aletazos espirituales hacia las altas regiones de la contemplación— el enojo que a "Clarín" le causaba oír a cada paso, ya en el púlpito, ya en las publicaciones católicas, aquello de "el impío, el incrédulo, el apóstata, el protervo Re-

nan". Realmente era mucho pedir que los ministros de la Iglesia dejasen de llamar incrédulo, impío y apóstata a Renan, puesto que lo era, tanto para con el dogma como para con el sacerdocio, que un tiempo creyó y profesó. "Clarín" prescindía de esas realidades biográficas y no quería ver en "su Renán" sino el aristócrata de la inteligencia; refinamiento de la sensibilidad, delicadeza irónica y arte exquisito de la elocución. El haber renunciado a las órdenes sacerdotales, colgando los hábitos como vulgarmente se dice, y el haber abandonado y luego socavado en los otros la fe de su infancia y juventud, a "Clarín" le parecía que en el caso de Renán era un acto heroico y nobilísimo, dictado por una conciencia excepcionalmente y dolorosamente exigente de transparencia y de veracidad, e implacable para consigo misma.

Entendámonos. Para "Clarín", espíritu profundamente religioso, el aristócrata de la inteligencia debía ser un hombre de fe. El hombre vulgar, en cambio, el burgués o filisteo de la inteligencia, es el hombre de creencias confortables, que acaso pierde la fe como si tal cosa y sin que le importe un ardite, como el que pierde un pañuelo; o tal vez sustituye su fe por otras, como quien cambia de camisa o de vecindad; o quizás hubo de contraer en edad temprana esas creencias advenedizas y poco a poco se le fueron indurando, al modo de enfadosa manifestación externa, como las excrecencias callosas en las extremidades inferiores. La fe, contrariamente, es consustantiva con el espíritu, si se trata de un espíritu superior; es única e irremplazable. Si se pierde, las estrellas se extinguen, el sol se apaga, el universo se disgrega y disipa, y la conciencia individual, en orfandad absoluta, se siente desaparecer como mísera pavesa hundiéndose en el fondo sin fondo de la nada eterna. Ahora bien, no el hombre de creencias, sí sólo el hombre hondamente religioso puede llegar a perder la fe, pues la fe es la vida más alta, y únicamente lo que vive es aquello que también puede morir; en tanto las creencias recibidas y acomodaticias no son miembros vivos de nuestra alma, como antes se ha dicho, sino que son más bien

auxilios ortopédicos o ropajes con que se abrigan las almas desmedradas o friolentas. No hay tragedia, por tanto, tan espantosa para un espíritu superior como perder la fe. "Clarín" presentía esta tragedia dentro de sí, allá, en las zonas más oscuras y medrosas de la conciencia, donde se esconden y rebullen al acecho los enemigos del alma; y presintiéndola en sí mismo, se figuraba que Renán, "su Renán", era devorado por ese buitres trágico y tenaz, día y noche, año tras año, entre acerbas torturas interminables. Pero lo cierto es que la pérdida de la fe le había dejado a Renán tan fresco; lejos de devorarle cuerpo y alma le había puesto escandalosamente gordo, y tan satisfecho que el bienestar le rebosaba en una sonrisa ancha, beatífica y algo cazurra. "Clarín" no quería ver o se negaba a admitir que Renán no era un alma en congoja, sino un refinado hedonista intelectual; un espíritu que había entrado en un principio de descomposición. Renán, más que voluptuoso, era eróticamente sensual. Ya desde sus primeras obras, de cuando en cuando, pero mucho más penetrante y persistente en las postreras, se percibe "odor di fémina". "L'Abbesse de Ionarre", casi escandalizó a los clientes de los bulevares; que ya es el colmo. No deja de ser asimismo curioso que también se hace notoria idéntica sensación en la última obra de Ibsen, "Cuando despertemos de muertos".

La vida, como el mismo Renán declara en la última frase de sus "Recuerdos de infancia y juventud", había sido para él "une charmante promenade accomplie a travers la réalité", una paseata deliciosa por medio de la realidad; no un camino, sino un paseillo o devaneo que no conduce a parte alguna. No se puede reducir a menos el valor de la vida humana; pero, admitido que la suya fue así, esa declaración displicente tiene un dejo ofensivo y aun insultante para el resto de la humanidad; para todos los demás que no han tenido la fortuna de venir al mundo para pasearse por él deliciosamente, sino para esforzarse, fortalecidos por la fe, y trabajar en un ideal de perfección para sí y para los demás, aquí y ahora, y más allá del ahora y el aquí.

¿Cómo "Clarín", tan sagaz y prevenido a que no le dieran gato por liebre, no veía todo esto? Primero, porque la literatura de Renán posee un hechizo serpentino, de tentación edénica, que es muy difícil de resistir. Después, porque las suavidades oleaginosas, las cadencias lánguidas, los rebuscados melindres de conciencia, las imágenes cariciosas para los sentidos, con que se sugieren antiguos modos del espíritu, tenuemente entrevistos; más una manera de elaborada melancolía trascendental, encubierta con delicado artificio para mejor relevarla, como el ropaje adherido a la forma desnuda en las estatuas antiguas; una ironía, además, como de conformidad resignada y tolerante; y por fin un eco, muy a la sordina y de no muy auténtica sonoridad, con evocaciones de suspiro disimulado, al verse desasistido de la gracia divina, como del místico en los períodos de sequedad y aridez; todo esto, entre el estado voluptuoso y el estado contemplativo, tan del estilo de Renán, se puede confundir, sin las debidas precauciones, con la verdadera religiosidad, e incluso con la íntima y sincera tragedia de conciencia. Más aún, parece lo cierto que el propio Renán se afanaba en dar a entender al lector ingenuo o suspicaz que él, en efecto, pasaba muy malos ratos y había tomado por lo trágico la pérdida de la fe, pero por elegancia intelectual y respeto a las conciencias candorosas, las cuales, pobrecitas, todavía se hacían ilusiones, guardaba para sí sus reconcomios y pena negra, y procuraba componer de fuera un semblante sereno; si bien —quería dar a entender, asimismo— los goces y deliquios de la religiosidad confiada, que había saturado sus años de niñez y adolescencia, le sacudían todavía los sedimentos del alma y se le rezumaban sin cesar, a pesar suyo. Pero todo suena a hueco. "Clarín", sin embargo, veía en Renán lo que Renán pretendía que los otros, incautos, viesan en él; y lo pretendía no precisamente por gusto de mixtificación, aunque era bastante mixtificador, sino entre otras cosas por comodidad, por el buen parecer, y por evitarse molestias y ataques. "Clarín" en esto, hacía respecto a Renán el papel del isi-

dro o campesino, ingenuo y desprevenido, que cae en manos del timador en la gran urbe. Pero "Clarín" no quería ver que Renán despreciaba compasivamente —que es el mayor desprecio— así a los hombres de fe firme como a los hombres de alma trágica ante la fe vacilante o la falta de fe. Y "Clarín" era un hombre de fe, no sin cierto torcedor de duda, pues la duda implica la fe. De estos desmayos se salvaba con un brinco y escape místico que le aproximase a Dios con las alas de su propio espíritu, pues no dudaba de Dios, sí únicamente de algunas formas de la religión positiva. Renán era un voluptuoso, esclavo de la carne y de los sentidos. "Clarín", por el contrario, estaba desencarnado y no concedía complacencias, siempre puras, sino al sentido de la vista y al oído.

Recuerdo los ojuelos de D. Leopoldo, de un azul límpido, como esa flor que brota milagrosamente en la región de las nieves perpetuas. Usaba lentes afianzados en el puente de la nariz, algo respingada. Al quitárselos, acaso le quedaba una mirada diluída, como la de un santo en arrobo o la de un miope, y él lo era mucho. Llevaba el pelo cortado en flequillo. El bigote tupido, ambarado y sobresaliente. en una comba como de cascada. Barba cerrada y recortada. Arrastraba las erres.

Por extraño modo, la cabeza de D. Leopoldo se parecía a la de Nietzsche. Por las venas de Nietzsche corría cierta dosis de sangre eslava. Los eslavos propenden a la ensoñación, como los celtas, pero carecen del sentido de la ironía. Un día, D. Leopoldo nos habló en clase de Nietzsche, que aún era enteramente desconocido en España (esto pasó en el año 1897). Nos habló de su obra, de sus ideas y de su vida. Nos refirió el momento de su locura final, cuando se creyó Dios en persona. Nos lo refirió tan desde el centro del alma de Nietzsche, tan vivaz y patéticamente, que nos estremecíamos oyéndole. No mucho después, Echegaray aprovechó este postrer episodio de la vida de Nietzsche para su drama "El loco dios". Diré al paso que Echegaray fué también el primero en trasponer a la escena española una obra

de Ibsen, "Los espectros" que él arregló y rebautizó como "El hijo de don Juan". El nuevo título es admirable, e Ibsen no lo hubiera repudiado acaso.

He puesto este ejemplo de Nietzsche a fin de evocar mediante un dato concreto cómo Leopoldo Alas hacía de su cátedra un centro vivo de experiencia espiritual y experimentación ideológica, cuyos radios y perímetro se extendían indefinidamente, según las asociaciones espontáneas de ideas y los imprevistos estímulos vitales de apetencia de totalidad, hacia todos los puntos del horizonte del espíritu, y se retraían luego sobre su propio centro intencional, que no era otro sino la asimilación y acordación por parte de la inteligencia de todas aquellas experiencias y experimentaciones ideales. Era aquella cátedra un eminente mirador de vigía, desde donde se divisaba circularmente todo el panorama de la cultura histórica; y, allá en el horizonte indeciso, las primeras señales de nuevos advenimientos y formas imprevistas de la cultura naciente. En otras palabras, el magisterio de Leopoldo Alas era formativo y enciclopédico. "Enciclopedia", etimológicamente significa "enseñanza circular"; etimología que él solía repetirnos. Por afinidad electiva de conceptos e ideas, así como por enriquecer cada tema, recorriendo todas sus posibles relaciones, D. Leopoldo disertaba en su cátedra, en torno al eje de la filosofía del derecho, sobre filosofía general, metafísica, ética, religión, historia, doctrina política, sociología, economía, arqueología, filología, estética, literatura; en conclusión, la unidad necesaria y viviente del saber. Al final del curso, mis cuadernos de apuntes constituían una pequeña enciclopedia sustantiva. Y digo sustantiva porque las enciclopedias editoriales son la suma y acarreo incoherentes de una serie de conocimientos inorgánicos por orden alfabético, en tanto en aquella mi morigerada enciclopedia los conocimientos cumplían la misma misión que los elementos químicos de la nutrición, que primero forman las cédulas, con que a seguida se componen los varios tejidos orgánicos, y luego por digestión continua (o sea, distribu-

ción adecuada) prosiguen alimentándolos, acrecentándolos y robusteciéndolos. En una enciclopedia, el pelo, que corresponde a la p, va después de los ojos y las orejas, que corresponden a la o; y la nariz va después de la boca. Pero, en la cabeza humana estos órganos son partes de una unidad formal, y no están articulados por orden alfabético, sino por armonía de función. Una enciclopedia no puede proporcionar un saber enciclopédico. En cambio, el saber enciclopédico (asimilación armoniosa de las varias direcciones del saber por una inteligencia individual) es lo que ha hecho posible las enciclopedias.

“En mis explicaciones—decía a menudo Leopoldo Alas—prefero lo que Taine llamaba el método de la expansión germánica a imponer y enseñar desde luego un sistema fijo”. En efecto, la adopción de un sistema previo, a título gracioso o autoritario, automatiza, esteriliza y enceguece el espíritu y la inteligencia de la juventud, cuando justamente se asoma al espectáculo maravilloso de la naturaleza real, de la realidad de las ideas, y de la esfera superior en que ambas se resuelven y justifican: la propia conciencia. De cada momento o etapa del pensamiento, en el flujo del discurrir por el conocer, parten todo alrededor desde la conciencia infinitas avenidas de coordenadas sobre la naturaleza, sobre la vida y sobre el plano de los conceptos. Para aprehender, o tan sólo palpar en su rotunda totalidad el mundo exterior, el espíritu posee y dispone de sinnúmero de tentáculos de infinita elasticidad. Al que en su juventud le aprisionaron en el dermatoesqueleto de un sistema, no podrá ser en adelante un hombre con libertad de movimientos, ni siquiera hombre en plenitud de sus atributos y potencialidad, ya desde luego frustrada, sino una máquina; aunque quizás una estupenda máquina, en un derrotero único. El cíclope no tenía más que un ojo. Ulises, hombre de inteligencia discursiva, le abrasó aquel ojo precario al cíclope, y el cíclope quedó impotente, inofensivo e inútil. Lo característico de una máquina es que no sirve sino para una sola cosa. No estoy pronunciándome aquí sobre los

principios teóricos de la educación. Sin duda es conveniente y aun necesario que haya hombres-máquinas, puesto que, por mucho que avance la civilización mecánica, no es de presumir que se llegue a inventar la máquina-hombre, que cumpla en fines complejos; pero, a la vez, sin algunos hombres-hombres y hombres libres, las comunidades humanas no tardarían en convertirse en hacinamientos herrumbrosos de chatarra inservible. El hombre-máquina, que también pudiéramos llamar hombre artificial, está deshumanizado, y por consecuencia es inhumano. El hombre-hombre, a quien nada humano le es ajeno, y el hombre artista, que esencialmente es el hombre libre y lo contrapuesto al hombre artificial, no pueden por menos de impacientarse y aflijirse frente a la limitación unilateral, inexorable e incorregible del hombre-máquina.

El hombre de gobierno y el hombre de presa y empresa necesita sin duda de estos hombres máquina. Pero, el maestro es otra cosa. El hombre-máquina en ciería, durante su mocedad y años universitarios, lo es tal, o bien por naturaleza intrínseca, porque Dios le hizo así, o bien porque desde la niñez le habían galvanizado con el artificio de un sistema. Ante el primer caso, todo magisterio de humanidad está condenado al fracaso; es como si se tratase de enseñar a una locomotora a que vaya admirando los paisajes por donde transita, y que de vez en cuando, por variar, salga de sus acostumbrados carriles. Ante el otro caso, el del maleado artificialmente, cabe la reeducación, no siempre sencilla. En tales casos, Leopoldo Alas, con solicitud paternal, o si se quiere magistral, se servía de pacientes aclaraciones por los cuatro costados de la materia en cuestión; y en último extremo empleaba como espuela o acicate de las mentes perezosas la ironía, a costa del alumno, procedimiento que aunque ya empleado por Sócrates consideramos poco recomendable. Pero, "Clarín", de ingenio fertilísimo y sin cesar fluuyente, propendía temperamental e involuntariamente a la agudeza satírica, que en él era alegre y bien intencionada, jamás artera, ni turbia por

el resentimiento. Me acude a la memoria un incidente en su clase. D. Leopoldo se venía ocupando largo rato por meter ciertas cosas en la cabeza al discípulo que en aquella ocasión era su interlocutor de turno. La cabeza del chico tenía menguada cabida. D. Leopoldo insistía, dándole vueltas y más vueltas. Las respuestas del chico eran disparatadas y ridículas, como de un sordo mental. El infeliz no daba más de sí. Por otra parte, veíamos —no D. Leopoldo que era miope— que el chico se iba azorando y angustiando. Como ya no había nada que hacer, el maestro concluyó con algunos comentarios humorísticos. El resto de la clase, con esa malignidad escolar, o escolástica, que existe desde que existen escuelas, prorrumpió en una gran carcajada. El chico se echó a llorar, sin poder contenerse. Y había que ver a don Leopoldo, enternecido y sin disfrazar su remordimiento, desviviéndose en mitigar y desvanecer la pesadumbre del chico, y desdiciéndose con frases consoladoras, como padre a un hijo, por no haber dado bien a entender su intención, nada mortificante; y según hablaba, conmoviéndose a tal punto que no le faltaba sino el filo de un cabello para echarse él a llorar también, como todos, por nuestra parte avergonzados, hubimos de advertir. Este episodio, como tantos otros, fue para nosotros una experiencia magistral indeleble.

Aquí tienes, lector, un libro de "Clarín". Contiene tres novelas cortas. Mejor dicho, dos novelas cortas ("Doña Berta" y "Superchería") y otra obrilla, de cortas dimensiones, "Cuervo", que pertenece a la línea sucesoria de los Caracteres, de Teofrasto; estudio de ciertos tipos psicológicos estereotipados, que, en la historia de los géneros literarios, antecede a la novela propiamente dicha. Un carácter de este tipo, un carácter estereotipado, es un hombre artificial, un hombre deshumanizado y mecánico que obra siempre de la misma manera y no responde sino ante un solo estímulo. En "Cuervo", de "Clarín", esta deshumanización está estilizada simbólicamente. El carácter estereotipado de Cuervo (como algunas combinaciones en caracteres de imprenta)

ta; el R. I. P. v. gr.) se polariza hacia lo antivital por excelencia, las ceremonias fúnebres y el rito rutinario de los entierros, que es la única fruición y razón de ser de semejante personaje, bastante común ciertamente. El contenido moral de esta silueta caracterológica salta a la vista, en sus trozos representativos. Toda la obra literaria creativa —novelas y cuentos— de “Clarín” está inspirada en esta intención ética magistral. Uno de sus libros, colección de novelas cortas, se titula “Cuentos morales”, reminiscencia de las “Novelas ejemplares” cervantinas, donde la lección moral, como en la vida, no está expresa, sino que el atento lector tiene que inferirla, si goza de suficiente minerva. Las dos novelitas, “Doña Berta” y “Superchería”, se ajustan al modelo tradicionalmente establecido. Pero... He comenzado por decir que para penetrar la personalidad de “Clarín”, escritor, es menester conocer la personalidad de Leopoldo Alas, maestro. Todo lo que en este prólogo llevo anteriormente escrito se endereza por maniobra envolvente a situar la personalidad viva del escritor dentro de la atmósfera espiritual del maestro, que abarca y empapa todas sus creaciones, pues la vida y la atmósfera son fenómenos recíprocos. En estas dos novelitas de “Clarín” (como en el resto de sus obras de imaginación y en todas las grandes obras literarias), se nos da, cristalizado en un pequeño universo que se basta a sí mismo, el maravilloso espectáculo de infinitas avenidas coordinadas sobre las tres dimensiones de la naturaleza real, la realidad ideal y la esfera superior en que ambas se resuelven y justifican, o sea, la propia conciencia. En este autor admirable se presiente al admirable maestro; su saber enciclopédico, digerido y asimilado ya, habiéndose transformado en tejidos orgánicos nobles, los que sienten y piensan; su emoción de naturaleza y de vida, y su humanidad generosa, que se resuelve en ternura hacia cuanto vive y sufre, actitud comprensiva y simpatía universal (señaladamente en “Doña Berta”); su nostalgia de absoluta certidumbre para el humano destino, y honda religiosidad, puesto que el sentido trascenden-

te de la vida y el mundo es su preocupación primordial, y aun obsesión; su congoja ante la fe vacilante y sus fugas de misticismo, que es el atajo de las almas inquietas hacia el inmortal seguro, (señaladamente en "Superchería"). En las dos novelas mayores de "Clarín", "La Regenta" y "Su único hijo", la protagonista de la primera y el protagonista de la segunda son dos almas tramadas en la urdimbre con que están tejidos los sueños, vanos y desvanecidos a veces, pero que otras veces espejan la escondida verdad.

Pero lo que ante todo importa en la obra literaria son las virtudes literarias, la adecuación de la forma y el fondo, como creados por un fiat unánime. De ellas nada tengo que decir, puesto que el lector, atento o desatento, no podrá por menos de percibir las y degustarlas, aunque no acierte a definir las. Espero que sí; bien que desde la muerte de "Clarín" se ha ido difundiendo en la literatura cierta contrahecha afectación y verbosidad vacua, por penuria de preparación y recursos; un llamado "estilo artista", sin conseguir pasar de artificioso, que amenaza estragar el gusto público. Pero, habiéndose llegado a la saturación y empacho de ese empalagoso estilo, se echa de ver ya la reacción saludable hacia la dignidad literaria, no por severa menos llana. Es la hora indicada para volver a poner en circulación los buenos modelos, como "Clarín", uno de los Grandes de España, en la literatura del siglo XIX.

RAMON PEREZ DE AYALA (1)

(1) En carta al Secretario de la REVISTA, fechada en Buenos Aires el 8 de junio del presente año, D. Ramón Pérez de Ayala escribe: "Le envió un trabajo, sobre Leopoldo Alas y "Clarín". Como usted verá, es un prólogo a una de sus obras; lo publiqué aquí y no creo que sea conocido en España. Me hago la ilusión de que será aprovechable".